

**Mensaje de Mons. José Francisco Ulloa Rojas, Presidente de la Conferencia Episcopal para el Domingo Mundial de las Misiones – DOMUND 2006–**

**LA CARIDAD, ALMA DE LA MISION**

Queridos hermanos y hermanas:

La Jornada Misionera Mundial, que celebraremos el domingo 22 de octubre próximo, ofrece la oportunidad de reflexionar este año sobre el tema: *“La caridad, alma de la misión”*. La misión, si no está orientada por la caridad, es decir, si no nace de un profundo acto de amor divino, se reduce a una mera actividad filantrópica y social. Efectivamente, el amor de Dios por cada persona, constituye el centro del anuncio del Evangelio y cuantos lo acogen se convierten a su vez en testigos de ese amor.

La Jornada Misionera Mundial ha de ser ocasión propicia para comprender mejor que la vivencia del amor, alma de la misión, es tarea de todos. Servir al Evangelio no es una aventura solitaria, sino el trabajo que comparten los miembros de cada comunidad cristiana. Debemos tener muy presente que junto con los misioneros y las misioneras que se encuentran en los campos de misión, otros muchos, niños, jóvenes y adultos, con la oración y su cooperación en formas diferentes, contribuyen a la difusión del Reino de Dios en la tierra. Ojalá que este espíritu misionero comunitario crezca cada día más, gracias al aporte de todos.

Aprovecho esta oportunidad para expresar mi gratitud a las Obras Misionales Pontificias que con entrega animan y coordinan los esfuerzos a favor de las misiones, en Costa Rica y en el mundo, para apoyar la actividad de todos los misioneros y misioneras en tierras de misión.

Es una oportunidad, también, para invitar a los Obispos, a los Directores diocesanos, a las Comisiones Diocesanas y Parroquiales de las Obras Misionales Pontificias, a que implorando la gracia del Espíritu Santo, promuevan estas Obras y que gracias a su aporte evangélico puedan extenderse a los pueblos de la tierra, según sus carismas y posibilidades.

Como escribía el recordado Papa Juan Pablo II, en la Encíclica *Redemptoris Missio*, “En efecto, son estas numerosas obras de caridad las que atestiguan el espíritu de toda la actividad misionera: El amor, que es y sigue siendo la fuerza de la misión, y es también el único criterio según el cual todo debe hacerse y no hacerse, cambiarse y no cambiarse. Es el principio que debe dirigir toda acción y el fin al que debe tender. Actuando con caridad o inspirados por la caridad, nada es disconforme y todo es bueno” (n. 60).

En la vigilia de su pasión, Jesús dejó como testamento a los discípulos reunidos en el Cenáculo para celebrar la Pascua, el mandamiento nuevo del amor: “Lo que les mando es que se amen los unos a los otros” (Jn 15,17). El amor fraterno que el Señor pide a sus “amigos” encuentra su fuente en el amor paterno de Dios. Los primeros cristianos vivían unidos en el amor, ponían con sencillez y humildad en común sus bienes, según, la necesidad de cada uno y los pobres eran auxiliados para que no sufrieran escasez. Este ejemplo y testimonio de alegre caridad y generosa solidaridad de aquella primera comunidad cristiana, llenó de asombro a la gente que, admirados, exclamaban diciendo: ¡“Miren cómo se aman”!, por lo cual, cada día se iban incorporando a la comunidad nuevos bautizados que el Señor llevaba a la salvación. (*Hech* 2, 42-49; 5, 12-16)

Esta es la misión de la Iglesia en todos los tiempos. Es fácil comprender entonces, que la auténtica solicitud misionera, preocupación prioritaria de la Comunidad eclesial, se encuentra en la fidelidad al Amor Divino, y esto vale para cada cristiano, para cada comunidad local, para las Iglesias particulares y para todo el Pueblo de Dios. Precisamente, de la toma de

conciencia de esta misión común, toma fuerza la generosa disponibilidad de los discípulos de Cristo para realizar obras de promoción humana y espiritual, que dan testimonio del amor de Dios a todos los seres humanos.

Ser misioneros significa, pues, amar a Dios con todo lo que se es, hasta dar, si es necesario, la vida por Él. ¡Cuántos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, también en este tiempo, han dado la vida como testimonio supremo de amor por el martirio! Ser misioneros es inclinarse, como el buen Samaritano, sobre las necesidades de todos, especialmente de los

más pobres y necesitados, porque quien ama con el amor de Cristo, no busca su propio interés, sino únicamente la gloria del Padre y el bien del prójimo. Se encuentra aquí el secreto de la fecundidad apostólica de la acción misionera, que traspasa las fronteras y las culturas, llega a los pueblos y se difunde hasta los confines del mundo.

Que la Santísima Virgen María, Discípula y Misionera al pie de la Cruz y que con su oración en el Cenáculo colaboró activamente en los inicios de la misión eclesial, ayude a los creyentes en Cristo a ser cada vez más discípulos y misioneros, capaces de un amor verdadero, alma de la misión, para que en un mundo sediento del Amor de Dios, sean testigos de ese amor y muchos se encuentren con Jesucristo: Camino, Verdad y Vida.

Compartamos con generosidad ese amor, siendo generosos con nuestro aporte económico, en la Jornada Mundial de las misiones, el domingo 22 de octubre.

**+ José Francisco Ulloa Rojas**  
**Obispo Diocesano de Cartago**  
**Presidente de la Conferencia Episcopal de Costa Rica**